

Recensiones

Antonio González Dorado. *De María conquistadora a María liberadora. mariología popular latinoamericana*. Santander: Sal Terrae, 1988, 142 páginas.

Este estudio consiste en un acercamiento crítico interesante y novedoso a la teología mariana que subyace en el catolicismo popular latinoamericano con la finalidad de alcanzar un conocimiento más ajustado de la María en quien cree nuestro pueblo y de conocer más profundamente al propio pueblo a través de las expresiones con las cuales ha recreado como latinoamericana a María (pág. 15).

González Dorado usa la abundante bibliografía existente sobre la piedad mariana y sus manifestaciones en América Latina. Pero no se queda ahí, sino que intenta desentrañar las raíces teológicas subyacentes en dicha piedad. Sobre esto último no hay nada escrito aún, quizás, como él mismo observa, porque nunca se ha considerado al pueblo como teólogo. En este sentido, el ensayo que comentamos es muy novedoso y sugerente.

La pregunta fundamental es sencilla, pero profunda, a qué Virgen María se refiere el pueblo latinoamericano cuando la venera y piensa en el misterio de fe. Desde la experiencia latinoamericana no se puede dar por supuesto que todos creemos en la misma Virgen María.

Aquí es donde quiere llegar González Dorado. Su tesis fundamental sobre la experiencia mariana

latinoamericana tiene sólidas raíces neotestamentarias. En efecto, en el Nuevo Testamento las afirmaciones sobre la María pascual se despliegan paulatinamente en amplitud y hondura originando los dogmas marianos y diversas Marías, cada una de las cuales es una historia de fe de los creyentes en ella y al mismo tiempo, siempre se expresa en una nueva historia de la María viva, que vive también en la fe de su pueblo (pág. 36).

En el Nuevo Testamento hay apoyo suficiente para sostener esta tesis. Los datos biográficos de la María histórica son sencillos y sobrios. La María de la fe del Nuevo Testamento surge a partir de la resurrección de Jesús, dada su relación de maternidad con él (pág. 31). El fulcro sobre el cual gravita la María de la fe es la nueva comprensión de la maternidad y del parentesco desde el Cristo resucitado. De esta forma, la fe en Cristo resucitado hace descubrir en la madre de Jesús a la creyente María. Aquí se encuentra la clave para interpretar a la María de los capítulos primero y segundo de Mateo y Lucas (pág. 32).

En América Latina se ha pasado de María *la conquistadora* a María *la liberadora*, de ser la madre y protectora de los conquistadores y opresores ha pasado a ser la madre de los pobres y de los oprimidos, quienes no se quedaron sin madre (pág. 49). En este proceso, el autor descubre tres momentos de inserción privilegiados: Guadalupe, Copacabana y la Virgen de los movimientos de liberación durante las luchas independentistas. Esta

es la parte más interesante del libro de González Dorado, lástima que se haya quedado a nivel de sugerencias, ricas por cierto.

La maternidad es la clave para aproximarse a María en América Latina. Para ello, González Dorado parte de tres factores de la cultura popular latinoamericana, el machismo, la opresión y la predominante experiencia campesina. En la maternidad popular latinoamericana aparece la fe en la maternidad de María. De ella el pueblo dice con alegría y esperanza *es mi Madre* con toda la resonancia cultural con la cual un hijo latinoamericano lo dice de su propia madre (pág. 72).

En la maternidad se subraya la dimensión de María como *mi Madre* o *nuestra Madre*, es decir, se resalta de una manera especial la relación de maternidad y filiación entre María y el pueblo. Esta relación afectiva y vital es fundamental para la configuración de la teología mariana en América Latina (pág. 63).

En esta piedad popular marina latinoamericana se dan tres notas muy características: a la Virgen se la exalta hasta límites insospechados, se la humaniza y se la acerca a la vida del pueblo, y se la concreta y localiza en imágenes y espacios determinados. Este triple movimiento, según González Dorado, surge por sentirla como *madre nuestra* (pág. 75).

Ni el dogma de la inmaculada concepción ni el de la ascensión han tenido dificultad para la religiosidad popular latinoamericana. La Inmaculada Concepción es el ideal de madre y de hogar que se opone al contexto real de un universo violento y mentiroso, cargado de todo tipo de maldades, donde tiene que desenvolverse *el macho* y *el oprimido*. Ella es la madre en quien descubren la ausencia de pecado, de violencia y de mentira (pág. 77). Tampoco el dogma de la ascensión ha tenido dificultad porque los latinoamericanos nunca han visto en *su madre María* la reducción funeraria popular y clásica de *la ánima*. La madre está viva y es la Señora o Madre del Cielo (pág. 77).

Lo más curioso es cómo el pueblo incorpora

con la mayor naturalidad la dimensión histórica de María en la María pascual y gloriosa. El pueblo con su sencillez nos está remitiendo al misterio de Cristo resucitado con las llagas incorporadas en su cuerpo (pág. 81).

En definitiva, ¿quién es María en la religiosidad popular? Sin duda, responde González Dorado, María es ante todo *nuestra Madre*, pero de tal manera que la persona que la encarna es la misma María que nos presenta la fe de la Iglesia con toda su complejidad y abarcando todas sus vertientes, pero en una síntesis original y propia, típicamente latinoamericana (pág. 88).

Teológicamente, González Dorado sostiene que la gran función de la madre es mantener y desarrollar la dimensión humana de quienes no pueden renunciar a vivir en un mundo inhumano y duro. Esta cosmovisión y maternidad culturales quedan traducidas en una mariología básicamente sentimental y afectiva, donde es muy importante el perdón y la salvación eterna, y el auxilio, el refugio y la ayuda ante cualquier necesidad. La madre también tiene la capacidad de reunir a todos sus hijos a su alrededor. Por supuesto, esta mariología también tiene sus limitaciones, las cuales están anotadas en el libro que comentamos. En esta estructura marilógica ha surgido también María de la liberación.

La última parte del libro está dedicada a criticar y discernir esta mariología latinoamericana, apuntando algunas posibilidades de una ulterior evangelización de la misma. Probablemente hubiera sido más interesante profundizar en María de la liberación y desde esta nueva experiencia mariana, liberadora y latinoamericana, volver a preguntarse por la identidad de María.

R.C.

Béla Weissmahr. *Teología natural*. Barcelona: Editorial Herder, 202 páginas.

Este libro pertenece a la colección de textos "Curso fundamental de Filosofía" de la Editorial Herder. La introducción asienta que el problema

de Dios no es un asunto exclusivo de la fe religiosa y de la teología, sino que también el filósofo se plantea esta cuestión. El concepto de Dios que tiene la filosofía es el resultado del esfuerzo mental debido al hombre, mientras que el concepto religioso es la consecuencia de cómo se capta la autorrevelación de la divinidad. Por ello existe entre ambos conceptos una tensión inevitable. Esta obra trata de la cuestión de la existencia y naturaleza de Dios en un plano filosófico, es decir, con la ayuda de aquello que puede ser asequible a cualquier hombre, la razón argumentativa. La división del tratado es sencilla y sigue las pautas tradicionales. En la primera parte se estudian las condiciones del conocimiento divino y la capacidad cognitiva del hombre, es decir, la posibilidad y manera de conocimiento de lo absoluto. Comienza desbrozando el terreno con el análisis de las corrientes más importantes que niegan la posibilidad de un conocimiento divino con la luz de la razón. Pasa a continuación a probar la existencia divina y lo intenta siguiendo la filosofía transcendental en la línea de K. Rahner: sólo podrá demostrarse la existencia divina si ese saber pertenece de algún modo al contenido de nuestra experiencia, y para ello dirige su atención no a los contenidos explícitos de nuestro conocimiento, sino al dinamismo del sujeto cognocente que nos conduce a lo incondicionado, al absoluto. Fundamenta la referencia personal al absoluto en la experiencia del ser como realidad captada en nuestra conciencia y concomitante a nuestra actividad cognoscitiva, en la experiencia de nuestra percepción de la verdad, del valor y de la libertad como realidades todas ellas incondicionadas que nos remiten a algo siempre ulterior, incondicionado y absoluto. El siguiente paso consistirá en probar que eso ulterior incondicionado es la divinidad, y en este punto elabora con enfoque y argumentos modernos las llamadas pruebas de la existencia de Dios. En vez de comenzar por el argumento de la causalidad y de la contingencia asume la perspectiva de la corriente personalista con el cuestionamiento sobre el sentido de la vida, descubriendo la exigencia absoluta de la moralidad desde la misma experiencia de la

obligación moral, que apunta a una realidad trascendente personal. Sólo después retoma los argumentos clásicos de la causalidad, pero proyectados en una concepción del mundo atenta a los avances de las ciencias. La tercera parte que titula "Sobre la esencia de Dios" versa sobre la cuestión de lo que podemos saber acerca de Dios-mundo, la creación, la autonomía del mundo y el obrar de Dios sobre él, el problema del mal. En esta tercera parte se hace más explícito su diálogo con la mentalidad contemporánea. Aunque el autor ha desarrollado un tratado de filosofía, el concepto filosófico de Dios puede prestar un gran servicio a la concepción religiosa en la medida en que esta reflexión razonada purificada las deformaciones antropomórficas incompatibles con la divinidad, "aunque un cierto antropofornismo en la concepción religiosa de Dios resulta inevitable, pues la religión sólo puede hablar de Dios en imágenes y símbolos que derivan de la experiencia humana" (pág. 14). Ese texto cumple muy satisfactoriamente su cometido, recoge la problemática filosófica perenne sobre Dios y las cuestiones suscitadas por la mentalidad actual. En este tipo de obras subyace una dificultad inevitable: los autores son especialistas que abordan problemas nada fáciles y dialogan con los grandes pensadores, lo que exigiría un cierto conocimiento de los temas y de los filósofos para comprender adecuadamente su exposición. Dificultad insoslayable, pero que no invalida su utilidad como instrumento inicial para el estudio del tratado.

A.L.

Jacques Lewis, S.J. *Conocimiento de los ejercicios Espirituales de S. Ignacio*. Santander: Sal Terrae, 1987, 312 páginas.

Este libro no es un comentario detallado de los Ejercicios, ni un estudio de carácter erudito. Es una obra que, como se adelanta en el título, se propone ofrecer los elementos que permitan conocer los Ejercicios, saber utilizarlos e incluso emprender eventualmente una reflexión personal para

profundizar en ellos. Para ello, el autor se basa en el texto original de san Ignacio y en los documentos primigenios de la Compañía de Jesús. Y, precisamente, por utilizar esas fuentes genuinas no cae en un servilismo literal que sacraliza las palabras, sino que llega a la fuente viva, a la inspiración de Ignacio de Loyola que aunque requiere una metodología cuidadosa, todo lo subordina el encuentro con Dios que sale al camino. Sólo quien vive a fondo esa dialéctica de esfuerzo por quitar los obstáculos que nos ocultan y opacan la voz de Dios y la presencia de ese Dios personal que tiene un designio para cada uno, designio que hay que descubrir y dejarse poseer por él, puede moverse con esa fidelidad al texto y a su espíritu, y éste es el mérito de esta obra, presentar en pocas páginas el pensamiento de Ignacio para que uno recorra el camino.

Lewis desarrolla su exposición en veinte temas. Los ocho primeros, que apenas ocupan sesenta páginas, son unas aclaraciones instrumentales concisas sobre el origen, las fuentes, las ediciones y la utilización del texto, sobre el director y sus funciones, y sobre el destinatario de los ejercicios. Son temas introductorios útiles para la comprensión de los Ejercicios. Le siguen cuatro temas que son de capital importancia y que tienen que ver con la finalidad de los Ejercicios, con la actitud del

ejercitante —esfuerzo y receptividad— y con la oración. A continuación analiza los ejercicios claves, capítulo al que otorga la mayor extensión en toda la obra. Tratamiento especial concede a los temas tan característicos en San Ignacio, la elección y el discernimiento espiritual. El engranaje y la dinámica de las cuatro semanas recibe también un desarrollo esmerado. El autor expone con fidelidad el objetivo, la estructura, la dinámica, y los elementos del libro de los Ejercicios. Además de este recorrido analítico tiene algunos capítulos, titulados "Líneas de fuerza de los Ejercicios," "Teología de los Ejercicios," en los cuales sintetiza y estructura la experiencia ignaciana.

Esta enumeración de los temas tratados parece no contener originalidad destacable y pudiera dar la impresión que es una repetición de otros muchos estudios, sobre los Ejercicios. En este tipo de obras lo que se debe buscar es una introducción clara que llegue a los nervios vitales, y posibilitar así la experiencia. Uno de los méritos del libro es mantener en todo momento ese movimiento complementario y en tensión que el autor sintetiza en esfuerzo personal y receptibilidad de la acción divina.

A.L.